

LA INTELIGENCIA EMOCIONAL EN LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA

Carolina Castillo Gallardo
wilsan_ula@hotmail.com
Universidad de Los Andes

RESUMEN

La inteligencia por muchos años centró su interés en el área cognitiva. Era vista como una capacidad mental que implica razonar, planear, resolver problemas, pensar de manera abstracta, comprender ideas complejas, memorizar y aprender rápidamente. Con el paso del tiempo se incluyen elementos que complementan la definición; sin embargo, es en 1990 cuando Salovey y Mayer la conceptualizan desde la perspectiva emocional, resaltando que es la habilidad para percibir, valorar y expresar emociones con exactitud, para generar sentimientos que faciliten el pensamiento, para comprender y regular emociones promoviendo un crecimiento emocional e intelectual. En el campo educativo, la evidencia empírica ha demostrado que ser cognitivamente inteligente no es suficiente para garantizar el éxito académico, profesional y personal; por lo que se hace necesario, la inclusión de la inteligencia emocional (IE) como parte de la formación, pues la sociedad moderna busca que sus ciudadanos estén satisfechos con sus vidas, siendo necesario promover competencias sociales y emocionales que favorezcan relaciones adecuadas. El fortalecimiento de la inteligencia emocional requiere profesores formados en el área, no obstante, se observan todavía pocas oportunidades de desarrollo y expresión de la IE en los docentes, por lo menos de manera consciente y continúa en su práctica pedagógica, tomando en cuenta que en el proceso de formación inicial del educador, la IE está ausente del currículo, por lo cual promover las competencias socioemocionales es una tarea de la formación permanente, personal e individual del educador.

ABSTRACT

The intelligence for many years focused its interest in the cognitive area. It was seen as a mental capacity that implies reasoning, planning, solving problems, thinking abstractly, understanding complex ideas, memorizing and learning quickly. Over time, elements that complement the definition are included; however, it is in 1990 when Salovey and Mayer conceptualize it from the emotional perspective, highlighting that it is the ability to perceive, assess and express emotions accurately, to generate feelings that facilitate thinking, to understand and regulate emotions promoting emotional growth and intellectual. In the field of education, empirical evidence has shown that being cognitively intelligent is not enough to guarantee academic, professional and personal success; so it becomes necessary, the inclusion of emotional intelligence (EI) as part of the training, as modern society seeks that its citizens are satisfied with their lives, being necessary to promote social and emotional skills that favor appropriate relationships. The strengthening of emotional intelligence requires trained teachers in the area, however, there are still few opportunities for development and expression of EI in teachers, at least consciously and continuously in their pedagogical practice, taking into account that in the process of initial educator training, EI is absent from the curriculum, so promoting social-emotional skills is a task of permanent, personal and individual education of the educator.

Palabras clave: Inteligencia emocional, práctica pedagógica, enseñanza universitaria

Keywords: Emotional intelligence, pedagogical practice, university teaching.

UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES

Recibido: 27 de noviembre 2016

Aceptado para su publicación: 12 de julio de 2017

Introducción

1. Inteligencia emocional

Desde la segunda mitad del siglo XX se experimenta un periodo de cambios significativos a nivel mundial, los cuales afectan la realidad que percibe el ser humano cada día y la comprensión de su propia existencia; esto sería semejante a decir que la reflexión que hace la persona sobre su desarrollo está inmersa en la complejidad, la globalidad, lo contextual y lo multidimensional; cualidades características del ambiente donde hace vida el ser humano de este siglo.

Mc Anally (2007) señala que el mundo contemporáneo se caracteriza entre otros elementos, por estar inmerso en un proceso globalizador; por el avance en las ciencias; el conocimiento cada vez más especializado; la interdisciplinariedad y la tecnología como eje central de todas las áreas, el flujo migratorio de personal calificado; la visión sistémica del ser humano como gestor transformador de su entorno; el modelo social participativo, inclusivo, cooperativo y horizontal; la flexibilidad, la reflexión constante y los líderes como facilitadores más que como impositores.

Todos estos cambios han provocado, a nivel mundial, la revisión del sistema educativo con el cual se venía formando a los ciudadanos para ajustarlo a las necesidades sociales. Por su parte, la Organización de las

Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) a través del informe presentado por Delors (1996) el cual plantea alternativas para la educación del siglo XXI, basadas en la formación como factor indispensable para conseguir la paz y el desarrollo de las personas y de la sociedad; propone que la educación debe responder a las demandas sociales, además de ser un mecanismo de prevención del conflicto humano; pues se observa cierta dificultad en las personas para convivir y tolerar las diferencias.

Con base en estos planteamientos, la presente investigación indaga acerca de la inteligencia emocional en la práctica pedagógica del docente universitario, pues a través del quehacer diario, el docente evidencia su formación disciplinar, profesional y personal, así como las relaciones que establece con sus estudiantes y compañeros de trabajo. Toda **práctica** pedagógica se relaciona con el contexto donde se genera y con la actuación del profesor, la cual está determinada por sus características personales, disciplinares, pedagógicas y didácticas para desarrollar el acto académico; nutriéndose de la reflexión sobre su formación, actuación, conocimiento que domina, estrategias de enseñanza aplicadas y resultados obtenidos en cada grupo de estudiantes con el cual se involucra.

Por tanto, los constructos principales que fundamentan esta investigación son la inteligencia emocional, la práctica pedagógica, las concepciones del docente y la enseñanza universitaria. Para esta revisión se selecciona la inteligencia emocional, pues a

través de los conocimientos, concepciones y características que subyacen en la práctica pedagógica de los profesores, se moldea su actividad profesional, la cual tiene como propósito la formación de ciudadanos con competencias que les permitan funcionar en diferentes contextos.

Para esta investigación es conceptualizada como:

La habilidad para percibir, valorar y expresar emociones con exactitud, la habilidad para acceder y/o generar sentimientos que faciliten el pensamiento; la habilidad para comprender emociones y el conocimiento emocional y la habilidad para regular las emociones promoviendo un crecimiento emocional e intelectual (Salovey y Mayer, 1990, p. 186).

2. Revisión histórica de la inteligencia emocional

La inteligencia es una de las características humanas que más se ha estudiado a lo largo de la historia, reflejando en cada una de sus definiciones la influencia de la época en la que es postulada, así como el lugar y el contexto sociocultural de donde surge. Su teorización se ha transformado sin lograr univocidad en el concepto, aunque en las diferentes concepciones existen planteamientos generales compartidos.

Hasta 1970 parece que lo único que interesaba a los investigadores de la inteligencia era su componente cognitivo, representado en una medida numérica, rigurosa y exacta, conocida como Coeficiente Intelectual (C.I.); que, con el paso del tiempo, en su mayoría, sigue siendo la primera definición que se asocia al constructo.

La justificación de esta tendencia, refiere Salmerón (2002), estaría en la historia del desarrollo de la psicología, que para ese momento era altamente rigurosa en la investigación sobre construcción de test, pero no siempre en la validación científica de los constructos teóricos de los que partía, ni en la aplicación correcta de estas investigaciones; por lo cual la evolución de las concepciones sobre la inteligencia han surgido más en función de medirla que de validar los constructos teóricos de partida.

A partir de estos planteamientos la precitada autora presenta la siguiente clasificación de modelos de inteligencia:

Modelos centrados en la estructuración-composición de la inteligencia: estos hacen énfasis en la búsqueda de los factores que componen el constructo inteligencia, sus relaciones para identificarlos, medirlos y con base en esas medidas y relaciones, poder describir diferencias interindividuales.

Modelos centrados en el funcionamiento cognitivo de la inteligencia: su interés es el conocimiento de los procesos mentales que dirigen las acciones para intervenir modificando cognitivamente las estructuras. Este modelo está influido por la revolución cognitiva, centrando la atención en averiguar la forma en que la mente registra, almacena, procesa información y cuál es su naturaleza.

Modelos centrados en la comprensión global del desenvolvimiento social de las personas en la búsqueda de su felicidad como necesidad vital: este conlleva necesariamente a la consideración de que el funcionamiento de las personas en sociedad se produce

mediante cognición y sentimiento, predominando en algunas situaciones comportamentales otras dimensiones diferentes a la cognición.

Al revisar los diferentes modelos planteados para concebir la inteligencia, vale la pena destacar que en la década de los ochenta las investigaciones en el área de la psicología señalan que la teoría cognitiva no explica todo lo relacionado a la inteligencia del ser humano, obligando a los interesados en el área a realizar una revisión estructural para ajustar el constructo inteligencia a las posturas paradigmáticas y epistemológicas recientes; siendo esta la única forma que permitiría dar una visión real del ser humano actual.

Se observa a partir de estos planteamientos cómo destaca la importancia de las emociones en el desarrollo, el aprendizaje y la adaptación social; aspectos no muy tomados en cuenta hasta el momento y que permiten transformar la visión de dicho constructo. Es así como en 1983 Gardner propone su teoría de las inteligencias múltiples, en la cual desarrolla la idea de tener en cuenta las habilidades emocionales en la definición de un concepto amplio de inteligencia. Dicho autor plantea que la inteligencia está compuesta por ocho tipos, que son: la verbal-lingüística, la lógico-matemática, la espacial, la corporal-kinestésica, la musical, la interpersonal, la intrapersonal y la naturalista (Gardner, 2001).

Aunado a esta nueva perspectiva, la neurociencia también aporta conclusiones relevantes para la comprensión del comportamiento y funcionamiento humano

desde una concepción integral; como se observa en las aportaciones de Beauport y Díaz (1995) al señalar que para comprender el gran poder de las emociones sobre los pensamientos se debe considerar la forma en que ha evolucionado el cerebro; reconociendo que la región más primitiva es el tronco encefálico, que regula las funciones básicas. De aquí emergió el centro emocional y a su vez de este se originó el racional. Esta evolución cerebral muestra claramente la relación que existe entre emociones y pensamientos, permitiendo un acercamiento a la comprensión y conocimiento del área emocional tanto en la inteligencia como en la psicología en general.

Ahora bien, aunque la teoría de las inteligencias múltiples de Gardner supone un avance importante respecto al estudio de la inteligencia desde una nueva perspectiva, no explora todo lo afectivo y emocional que ello conlleva. No obstante, sus ideas resultan ser el basamento necesario para el desarrollo de la teoría de la inteligencia emocional.

Así pues, esta teoría sus raíces en el año 1920, cuando Skinner propuso tres tipos de inteligencias: abstracta, mecánica y social; definiendo la inteligencia social como el mecanismo que permite a la persona sintonizar y entender la realidad de los otros para poder llevar a cabo la interacción social (García, Fernández, Rodríguez y Torrero, 2013). Estos planteamientos fueron poco considerados debido a que el conductismo era el paradigma imperante de la época, para el cual lo emocional nada tenía que ver con lo cognitivo o intelectual.

A partir de 1960 se observa el debilitamiento del conductismo, producto de la valoración de los procesos cognitivos; con lo que se replantea la definición de inteligencia basada en los aportes de Piaget y Vigotsky, entre otros, quienes consideraron que las pruebas psicométricas poco informaban sobre el desarrollo y la zona potencial de un individuo.

Para los años 80, la neurociencia aporta su planteamiento de modelos integradores u holísticos de la inteligencia humana, que se enfocan en la razón provista de emoción; al comprobar que el sistema límbico y la corteza cerebral se influyen entre sí, es decir, la emoción influye sobre la cognición (Marina, 1993).

Es así como surge en 1990, en Cambridge, la teoría de la inteligencia emocional teniendo como autores a Salovey y Mayer, quienes la conceptualizan como:

La habilidad para percibir, valorar y expresar emociones con exactitud, la habilidad para acceder y/o generar sentimientos que faciliten el pensamiento; la habilidad para comprender emociones y el conocimiento emocional y la habilidad para regular las emociones promoviendo un crecimiento emocional e intelectual (p. 186).

Estos autores, conciben la IE como una inteligencia genuina basada en el uso adaptativo de las emociones y su aplicación al pensamiento. Para ellos, las emociones ayudan a resolver problemas y facilitan la adaptación al medio. Partiendo de esta conceptualización, la IE se considera una habilidad centrada en el procesamiento de la información emocional que unifica las emociones y el razonamiento, permitiendo

utilizar las emociones propias para facilitar un razonamiento más efectivo y pensar de forma más inteligente sobre la propia vida emocional (Mayer & Salover, 1997). Desde esta perspectiva, la IE, se define como la habilidad de las personas para atender y percibir los sentimientos de forma apropiada y precisa, para asimilarlos y comprenderlos de manera adecuada y para regular y modificar el estado de ánimo propio o el de los demás.

En consecuencia, estos autores identificaron cinco habilidades parciales como elementos integrantes de la competencia emocional, las cuales son:

- Reconocer las propias emociones: poder hacer una apreciación y dar nombre a las propias emociones. Sólo la persona que sabe por qué siente y cómo se siente puede manejar sus emociones, moderarlas y ordenarlas de manera consciente.

- Saber manejar las propias emociones: aunque las emociones (miedo, tristeza, ira, entre otras) no se pueden desconectar o evitar, la persona tiene capacidad para conducir, controlar y manejar las reacciones emocionales, sustituyendo el comportamiento congénito primario por formas de comportamiento aprendidas y sociales.

- Utilizar el potencial existente: el CI elevado por sí solo no es suficiente para obtener unos buenos resultados escolares o sociales, también son necesarias otras buenas cualidades, como perseverancia, motivación, capacidad de sobreponerse a las frustraciones o fracasos y confianza en uno mismo.

- Saber ponerse en el lugar de los demás: la comunicación emocional no necesita

verbalizaciones, es una predisposición a escuchar, comprender pensamientos y sentimientos del otro.

- Crear relaciones sociales o facilidad de establecer relaciones interpersonales: la relación satisfactoria con los demás depende de la capacidad de crear y cultivar las relaciones, de resolver los conflictos personales y de captar los estados de ánimo del otro.

Por su parte Goleman en 1995, quien luego se convirtió en uno de sus grandes exponentes, afirma que la IE es la capacidad de reconocer los sentimientos propios y los de los demás, de motivarse y manejar adecuadamente las relaciones. Agrega que es la capacidad para reconocer los sentimientos propios y los de los demás, para motivarse y gestionar la emocionalidad en nosotros mismos y en las relaciones interpersonales.

Autores como Cooper y Sawaf en 1997, se refieren a esta como la aptitud para captar, entender y aplicar eficazmente la fuerza y la perspicacia de las emociones como fuente de energía humana, información, relaciones e influencia. En el mismo año, Bar-On señala que es un conjunto de capacidades, competencias y habilidades no cognitivas que influyen la habilidad propia de tener éxito al afrontar aspectos del medio ambiente. Para Mayer y Cobb en el 2000 es una habilidad para procesar información emocional que incluye la percepción, la asimilación, la comprensión y la dirección de las emociones; la IE también es conceptualizada como una forma de interactuar con el mundo que tiene en cuenta los sentimientos y engloba

habilidades tales como el control de impulsos, la autoconciencia, la motivación, el entusiasmo, la perseverancia y la agilidad mental; características que configuran rasgos de carácter como: la autodisciplina, la compasión o el altruismo, los cuales resultan indispensables para una buena y creativa adaptación social (Gómez, Galiana y León, 2000).

Una vez revisada la conceptualización de la IE, es oportuno señalar que este constructo también se ha estudiado en el campo educativo. Las investigaciones realizadas en los últimos años dentro de este campo permiten hacer referencia a que la formación permanece enmarcada mayormente en el paradigma tradicional, el cual se caracteriza por el orden; el maestro como base y condición del éxito de la educación; la disciplina y los ejercicios escolares para desarrollar las virtudes humanas en los alumnos; las clases organizadas, ordenadas y programadas; un único método de enseñanza para todos y en todas las ocasiones; los estudiantes receptivos recibiendo información y resolviendo tareas por reiteración mecánica y el aprendizaje visto como la asimilación de información producto de la memorización (Yepez, 2010).

Sin embargo, esta es una realidad que requiere transformarse, pues a lo largo de toda la historia se han empleado diversas estrategias para potenciar el proceso de aprendizaje, siempre ajustadas a la visión del hombre y a la realidad social de la época. Con símbolos en las paredes de las cuevas las personas de la prehistoria se comunicaban entre sí. Luego el conocimiento era

memorizado y transmitido a través de la palabra; posteriormente apareció la imprenta y se hizo posible la impresión de libros, lo que condujo a la lectura y escritura. Se han ideado pesos, medidas y símbolos matemáticos; se inventó el ábaco, el telescopio, el microscopio, la calculadora y el ordenador; todas herramientas puestas en función del proceso educativo de la humanidad.

La sociedad actual, conocida como la sociedad de la información y del conocimiento, se caracteriza por la complejidad del mundo industrial y tecnológico, por una tendencia a la mundialización económica y cultural. Por ello, exige el uso de todas las capacidades y competencias personales, sociales, emocionales, cognitivas y profesionales para poder conseguir un desempeño efectivo y afrontar los continuos cambios que se imponen.

Dentro de esta reestructuración, no puede quedar por fuera el constructo de inteligencia tan presente en el proceso educativo; pues si bien tradicionalmente, la sociedad ha sobrevalorado la inteligencia de las personas en detrimento de otras cualidades de los individuos, la evidencia empírica ha demostrado que ser cognitivamente inteligente no es suficiente para garantizar el éxito académico, profesional y personal (Goleman, 1995); lo que obliga a reconsiderar en otros términos su concepción clásica.

Esta concepción clásica de inteligencia hizo que la escuela haya priorizado hasta finales del siglo XX los aspectos intelectuales y académicos de los alumnos, convencidos de

que los atributos emocionales y sociales pertenecían a la vida personal y familiar, siendo completamente independientes entre ellos (Fernández-Berrocal y Ruíz, 2008). En consecuencia, se hace necesario en el contexto educativo la inclusión de la inteligencia emocional como parte de la formación de profesores y estudiantes; pues afirman los precitados autores que la sociedad moderna busca que sus ciudadanos estén satisfechos con sus vidas, porque es paradójico vivir en una sociedad que cubra sus necesidades físicas y materiales más no los haga felices.

Ahora bien, los aportes de la inteligencia emocional en la educación se pueden corroborar a través de las investigaciones realizadas en esta área. Tal como indica Teruel (2000) resulta una necesidad incluir la educación emocional en el currículo; pues desde la formación inicial de los profesores debe hacerse posible conjugar coherentemente la exposición cognitiva y la formación práctica en situaciones escolares reales, haciendo especial hincapié en ello, porque para poder aprender y desarrollar óptimamente las capacidades emocionales y sociales hace falta la práctica.

Este planteamiento lo reafirma Claxton (2001) al señalar que el profesor ejerce un rol protagónico dentro de la educación emocional, dado que en su persona recae la tarea de ayudar a desarrollar todas las potencialidades del aprendiz. Ello supone que los docentes no sólo enseñen acerca de los contenidos de una asignatura, sino que enseñan sobre la propia personalidad; ya que el alumno aprende sobre el profesor, además de aprender de él. Sea o no intencionado, el

docente se convierte en un modelo potencial para sus estudiantes.

Por su parte, Extremera y Fernández-Berrocal (2003) quienes lideran en España la investigación de la IE, resaltan su importancia en el profesorado, al afirmar que el conocimiento emocional del docente es un aspecto fundamental para el aprendizaje y el desarrollo de estas competencias en los alumnos, porque el profesor se convierte en un modelo de aprendizaje vicario a través del cual el alumno aprende a razonar, expresar, y regular todas esas pequeñas incidencias y frustraciones que transcurren durante el largo proceso de aprendizaje en el aula.

El desarrollo de las habilidades de inteligencia emocional en el profesorado no sólo servirá para conseguir alumnos emocionalmente más preparados, sino que además ayudará al propio profesor a adquirir habilidades de afrontamiento. De este modo, los docentes emocionalmente más inteligentes, es decir, aquellos con una mayor capacidad para percibir, comprender y regular las emociones propias y las de los demás, tendrán los recursos necesarios para afrontar mejor los eventos estresantes de tipo laboral y manejar más adecuadamente las respuestas emocionales negativas que pueden surgir en las interacciones que mantienen con los compañeros de trabajo, los padres y los propios estudiantes.

Mortiboys (2016) plantea que un maestro lleva dos cosas al salón de clases igual de valiosas para sus estudiantes. Una es el conocimiento de su materia, derivado del estudio, la investigación o la experiencia

profesional. La otra es la pedagogía, la cual se refleja en el modo de estructurar el contenido, las estrategias de enseñanza que utiliza, la manera de fomentar la participación de sus estudiantes, el uso de materiales, entre otros. Sugiere que el tercer componente no reconocido es que el profesor debe estimular en sus alumnos la IE, ya que el desarrollo y empleo de esta, complementa el conocimiento de la materia y las habilidades pedagógicas.

El autor precitado agrega que un maestro emocionalmente inteligente crea un entorno positivo, reconoce y trabaja con los sentimientos propios y de sus estudiantes, usa sus habilidades para escuchar, hablar y conocer a sus alumnos, planifica su sesión de trabajo, pero dentro de la flexibilidad e invierte tiempo en su autoconocimiento.

Por su parte, Castro (2016) afirma que es necesario reconocer el valor que tienen las emociones no sólo en el ámbito genético, en el que se descubrió su fase hereditaria y natural de la expresión espontánea; sino también la condición y capacidad que tienen en el contexto social, que las convierte en un lenguaje no verbal con un alto contenido interpretativo, en el que las conductas expresadas además de ser repetidas y aprendidas pueden convertirse en un lenguaje de comprensión social o grupal como reflejo de una conducta generalizada.

Esta conclusión permite al maestro comprender situaciones específicas que en ocasiones se dejan de lado y se internan en la individualidad impidiendo el desarrollo de conocimientos en el aula, así de esta manera se deja de ver solo al ser biológico para

internarse en el sujeto, que es aquel que piensa y medita sobre sí mismo, acción que no puede darse sin la existencia de las emociones como precursoras de la sensibilidad del ser.

En Venezuela, también se ha desarrollado investigación sobre la IE en el campo educativo, siendo valioso referir el estudio que desarrolló Vivas (2005) cuyo propósito fue elaborar un diagnóstico acerca del estado de la educación emocional en la formación inicial del profesorado en la carrera de educación de las universidades del estado Táchira, y, a partir de ese diagnóstico y de los referentes teóricos; diseñar, aplicar y evaluar un programa de educación emocional, como parte del cuerpo de proposiciones que pueden incrementar la calidad y la pertinencia en la formación inicial del profesorado.

Su estudio demostró la necesidad de fortalecer la capacitación integral del docente desde la etapa de formación inicial, incluyendo la inteligencia emocional y el desarrollo de sus competencias socioemocionales para satisfacer parte de las urgencias de la actualidad social y profesional.

Por su parte Alviárez y Pérez (2009) consideran que los estudiantes de odontología de la Universidad del Zulia tienen un alto nivel de autoconocimiento, que les permite, al momento de establecer relaciones académicas con sus profesores, mostrar conciencia emocional, autoevaluación precisa y confianza en sí mismos, ya que reconocen sus fortalezas y debilidades. Sin embargo, no sucede lo mismo con aptitudes como autocontrol, adaptabilidad, confiabilidad e innovación.

En cuanto a los docentes refieren los precitados autores, muestran alto nivel de autorregulación, pero bajo nivel de autoconocimiento, lo que significa que se presentan desarrollos diferentes en las capacidades de profesores y estudiantes en el área intrapersonal. Ahora bien, en el área interpersonal, tanto profesores como estudiantes revelan buen manejo de las relaciones interpersonales, más no de la empatía.

Además, Luzardo-Zhaeck (2010), señala aportaciones significativas de la fundamentación orgánica de la inteligencia emocional; afirmando que en contraposición a la conclusión de que el sistema límbico es la sede única de las emociones; "...hoy en día y gracias a los avances en tecnología biológica, se ha comprobado que la inteligencia emocional está distribuida en todas partes del cuerpo y son las moléculas de neuropéptidos (cerebros circulantes), los representantes de esta inteligencia" (p.49).

Estas moléculas actúan como sensores, recibiendo estímulos de las emociones que experimenta el individuo y gracias a su amplitud de memoria, en ellas se graban sentimientos y experiencias emocionales desde la niñez. Con base en estas afirmaciones, la autora señala que aprender es hacer sinapsis. Para ello se necesitan maestros que enseñen a sus estudiantes a estimular el potencial intelectual escondido en su cerebro a través de la creatividad, la lógica, la acción y los sentimientos.

3. Reflexiones finales

En la revisión realizada se encontró que la IE es un constructo que tiene sus raíces en teorías psicológicas tradicionales como el conductismo, el cual desde los planteamientos de Skinner comienza a reconocer que la inteligencia no puede reducirse únicamente al área cognitiva. Esta postura muestra la primera aproximación a la teoría, la cual se ha desarrollado con los aportes de investigaciones al respecto; presentando para este momento, diferentes conceptualizaciones y modelos, que si bien evidencian características diferentes que cada autor señala, todas comparten como idea central las emociones bajo una perspectiva inteligente, es decir, lograr que la persona de manera intencional use sus emociones para que estas guíen el pensamiento y el comportamiento, lo que le permite al ser humano una mayor probabilidad de potenciar destrezas, habilidades, aptitudes y capacidades que favorezcan sus diferentes áreas de desarrollo.

De igual manera, la educación reconoce la necesidad de incluir la IE en la formación del ser humano, pues ella permite potenciar las capacidades y competencias requeridas en el contexto actual. Sin embargo, se observan todavía pocas oportunidades de desarrollo y expresión de la IE en los profesores, por lo menos de manera consciente y continúa en su práctica pedagógica, tomando en cuenta que dentro del proceso de formación inicial no está normada su atención y desarrollo, por lo cual se presenta como una opción dentro del proceso de formación permanente y del espacio de aprendizaje personal del educador.

Por tanto, la teoría de la IE debiese insertarse en el currículo de la carrera de educación de las diferentes universidades venezolanas, para que, desde la formación inicial, los profesores tengan la oportunidad de desarrollarla, permitiendo la preparación del docente con un doble propósito: el fortalecimiento de sus competencias sociales y emocionales, las cuales le permitirán relaciones interpersonales satisfactorias, control del estrés y mayor autoconocimiento. Asimismo, la aplicación de estas competencias socioemocionales en el aula favorece un ambiente armónico de aprendizaje y promueve la consolidación de estas competencias en los estudiantes.

4. Referencias

- Alviárez, L. & Pérez, M. (2009). Inteligencia emocional en las relaciones académicas profesor-estudiante en el escenario universitario. *Laurus Revista de Educación*. 15 (30), 94-117. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/html/761/76120651005/>
- Bar-On, R. (1997). *The Emotional Quotient inventory (EQ-I): Technical Manual*. Toronto, Canadá: Multi-Health Systems.
- Beauport, E. & Díaz, A. (1995). *Las tres caras de la mente. Orquesta tu energía con las múltiples inteligencias de tu cerebro triunfo*. Venezuela: Editorial Galac.
- Castro, P. (2016). El maestro desde lo emocional como posibilitador del aprendizaje en la configuración de sujetos en el aula. *Revista E-ikon*. 3, 7, 43-48. Recuperado de: <http://www.eam.edu.co/ojs/index.php/eikon/article/view/138/232>
- Claxton, G. (2001). *Aprender. El reto del aprendizaje continuo*. Barcelona, España: Paidós.

- Cooper, R.K. & Sawaf, A. (1997). *Estrategia emocional para ejecutivos*. Barcelona, España: Martínez Roca.
- Delors, J. (1996). *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI*. Ediciones UNESCO. Disponible en: http://www.unesco.org/education/pdf/DE_LORS_S.PDF
- Extremera, N. y Fernández Berrocal, P. (2003). La importancia de desarrollar la inteligencia emocional en el profesorado. *Revista Iberoamericana de Educación*. 1,9, 1-10. Recuperado de: <http://www.rieoei.org/deloslectores/759Extremera.PDF>
- Fernández-Berrocal, P. & Ruíz, D. (2008). La inteligencia emocional en la educación. *Revista electrónica de investigación psicoeducativa*. 15, 6, 421-436. Recuperado de: http://www.habilidadesparaadolescentes.com/archivos/2008_Inteligencia_Emocional_Educacion.pdf
- García, J., Fernández, E., Rodríguez, D. & Torrero, I. (2013). Necesidades formativas en competencias socioemocionales en el cuerpo docente. *Emotion, Revista de Educación, Motricidad e Investigación*. N° 1, p. 128-143. Recuperado de: <http://www.uhu.es/publicaciones/ojs/index.php/e-moti-on/about>
- Gardner, H. (2001). *Estructuras de la mente. Teoría de las inteligencias múltiples*. Colombia: Fondo de cultura económica.
- Goleman, D. (1995). *La Inteligencia Emocional*. Buenos Aires, Argentina: Javier Vergara Editor S.A.
- Gómez, J., Galiana, D. & León, D. (2000). *Que debes saber para mejorar tu empleabilidad*. México: Elches editores.
- Luzardo de Zschaeck, L. (2010). *El arte de enseñar con clase. Tiempo para Guille*. (9°ed.) Venezuela: Editorial, SIAP, C.A.
- Mc Anally, L. (2007). La era del Conocimiento. De sus conceptos a sus aplicaciones. *Revista Universitaria de la UABC*. N° 59, 14-17.
- Marina, J. (1993). *Teoría de la inteligencia creadora*. Barcelona, España: Anagrama.
- Mayer, J. & Cobb, C. (2000). *Educational policy on emotional intelligence: the case for ability scales*. In Bar-On & Parker (Eds.). *The handbook of emotional intelligence*. San Francisco, Estados Unidos: Jossey Bass.
- Mayer, J. & Salovey, P. (1997). *Emotional Development and Emotional Intelligence. Educational Implications*. United States: Basic Books.
- Mortiboys, A. (2016). *Cómo enseñar con inteligencia emocional. Guía paso a paso para profesionales de educación media superior, superior y posgrado*. México: Grupo Editorial Patria.
- Salmerón, P. (2002). Evolución de los conceptos sobre inteligencia. Planteamientos actuales de la inteligencia emocional para la orientación educativa. *Revista EDUCACIÓN*. XXI, 5, 97-121. Recuperado de: www.redalyc.org/pdf/706/70600506.pdf
- Salovey, P. & Mayer, J. (1990). *Emotional Intelligence: Imagination, Cognition and Personality*. New York, United States: Basic Books
- Teruel, M. (2000). La inteligencia emocional en el currículo de la formación inicial de los maestros. *Revista Interuniversitaria de formación del profesorado*. 38, 141-152. Recuperado de: http://w.w.w.aufop.com/aufop/uploaded_files/articulos/122349332_2.pdf
- Vivas, M. (2005). *La educación emocional en la formación inicial de los docentes en Venezuela*. Tesis Doctoral publicada. UNED (España). Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=38085>
- Yopez, D. (2010). *Paradigma Educativo Tradicional y de la Escuela Nueva Enfoque Tradicional vs. Enfoque Contemporáneo de la Didáctica*. Argentina: Cámara Argentina del Libro.